



► 8 Mayo, 2020

Un grupo de educadores visita a 278 familias gitanas sin recursos. El itinerario recorre la Cañada Real y los distritos de Vallecas, Villaverde, Usera, Carabanchel y Latina

En las chabolas, el profe lleva los deberes en mano

MANUEL VIEJO, Madrid

Los deberes siempre se hacen en casa. Y también en una chabola de 40 metros cuadrados de paredes de plástico, con un tejado donde las tejas son seis neumáticos y donde la calle se convierte en barro cuando llueve. Aquí dentro, en el número 19 del sector cinco de la Cañada Real, en el mayor asentamiento ilegal de Europa y a 18 kilómetros de la Puerta de Alcalá, vive un muchacho gitano de 14 años que va a primero de la ESO y que sueña con ser abogado. "Esta es mi casa desde los dos años".

Cristian Jiménez, alto, moreno y con una prominente barba de pelusa, tenía ayer un par de dudas con la moda, la media y la mediana. "No se me da muy bien la estadística". Lo fácil sería consultar las dudas en Internet, pero consultar las dudas en Internet significa tener Internet. En esta chabola esto se traduce en el tiempo en que le duran los datos del móvil a los padres: no más de una semana. Los institutos y colegios continúan con el curso *online*, pero el 43% de la comunidad gitana no tiene acceso a la Red, según datos de la Fundación Secretariado Gitano de Madrid. Una asociación que trata de que estos menores madrileños no se queden atrás en este distópico curso escolar.

"Cuando azota una pandemia de estas características, los niños suelen renunciar a los estudios para ayudar a los padres", explica la directora del Secretariado, Rocío García. "Con esta crisis muchos abandonarán las clases y acabarán vendiendo chatarra". Solo en Madrid residen cerca de 60.000 gitanos. Únicamente cuatro de ca-

da diez niños terminan la educación obligatoria. Si antes de la pandemia estos menores recibían un apoyo escolar extra, con el confinamiento el soporte les llega cada 15 días mediante un paquete de folios con tareas de todas las asignaturas. Objetivo: lograr que la curva de la enseñanza siga hacia arriba.

Adelina Fernández, Carlos Buendía y María Georgina Martín son algunos de estos profesores treintañeros que ayudan a 278 familias gitanas de la capital, a través del programa Proiniciativa del Secretariado Gitano. A las 9.00 de ayer arrancaron su furgoneta con un cargamento de deberes dentro. El itinerario recorre Cañada Real, Vallecas, Villaverde, Usera, Carabanchel y Latina, los distritos más golpeados.

"Los primeros días me llamaban a todas horas alumnos y padres porque tenían muchas dudas. Fue un poco caótico, pero ahora hemos establecido unos horarios y estamos funcionando muy bien", cuenta Fernández. "Algunos de estos niños son niños que en un estado normal necesitan apoyo y en estas circunstancias esto se agrava". Dice que ha costado volver a encauzar la rutina, sobre todo a los alumnos de secundaria.

Un taco de folios

Buendía empezó en Cañada en febrero de 2015. "Hay algunos que tienen muchas ganas de estudiar y echan de menos el colegio". En su mano lleva un taco de folios con comentarios de texto de lengua sobre la civilización china para una de las alumnas. Mañana dice que habrá otras sorpresas: "Algunos recibirán unas *tablets*".

Los niños suelen renunciar a estudiar para ayudar a sus padres

El 32% de los hogares de la etnia percibe ayudas sociales



Los datos dicen que, como la cifra de habitantes de la ciudad de Soria, alrededor de 40.000 gitanos viven en una situación de infravivienda en España. De ellos, cerca de 11.000 residen en chabolas, como la familia de

Cristian. Buena parte de estos hogares tienen en la venta ambulante su principal fuente de ingresos. El cierre de los mercadillos y la imposibilidad de realizar otras actividades, como la recogida de chatarra o la venta

de fruta, les traía algún ingreso diario. Ya no. ¿Ayudas sociales? Solo el 32% de los hogares gitanos las perciben.

—Agustina, ya estamos aquí. El timbre en la Cañada es un mensaje de WhatsApp. Agustina-



► 8 Mayo, 2020



Una profesora de la Fundación Secretariado Gitano entrega las tareas y una tablet a Agustina. Abajo, Susana recoge los deberes, y tres miembros de una familia gitana, en la Cañada Real. / LUIS SEVILLANO

máticas”. Si su hermano quiere ser abogado, ella todavía no lo ha pensado. “¡Esta solo duerme, ay, lo que duerme!”, dice la madre entre risas. Los tutores les han traído ejercicios de todas las asignaturas. Si tienen dudas las preguntan por WhatsApp, si no se acaban los datos. Luego, estos profesores reportarán los avances a sus verdaderos tutores. Una cadena eficaz y educativa en mitad de la pandemia del coronavirus.

Sin dinero para comprar

Agustina dice que el coronavirus lo lleva como puede, pero que no tiene dinero para hacer la compra. De eso se encarga Cruz Roja, que viene cada dos martes con tres o cuatro bolsas. “Hoy haré patatas guisadas y ensalada de lechuga”. Este abril, el Secretariado realizó una encuesta nacional a 11.000 gitanos para analizar el impacto de la pandemia en la comunidad. En Madrid, el 4,53% ha manifestado algún síntoma, y en más mujeres que en hombres. El principal problema es conseguir los guantes, las mascarillas y las medicinas. Uno de cada cinco dice que no tiene dinero para comprarlas y más de la mitad necesita apoyo de los servicios sociales.

Pese a todo, Cristian piensa en pasar de curso, una barrera para la mayoría de la comunidad porque solo uno de cada 10 termina la ESO. “Seré abogado. Me gusta defender a la gente inocente”. Su madre dice que estudia todos los días varias horas. Sus profesores están orgullosos. No tiene PlayStation ni móvil. Su único pasatiempo durante el confinamiento es la serie *Gym Tony* y los partidos de fútbol de Gol TV. Nunca ha ido al estadio Santiago Bernabéu. Él, por si acaso, juega de mediocentro:

—¿Te gusta leer?

—Me encanta, pero aquí no tengo libros.

El último que leyó fue *El Diario de Greg*, que cuenta la historia de un joven adolescente que empieza la Educación Secundaria. “Ese me encantó”.



na Silva y Cesáreo Jiménez, de 34 y 35 años, son los padres de Cristian. Hasta hace un mes vendían chatarra por el centro. Si el día era bueno, sacaban 25 euros, si salía malo rascaban 10 o 15. Ahora no tienen ni bueno ni

malo. Nada. “El Cristian me ha salido buen estudiante, esta no tanto”. Esta es Rubí, la hija mediana de 11 años, que hasta hace un mes iba al colegio Severo Ochoa, al que no echa de menos. “Bueno, si acaso a las mate-